

El espíritu del capitalismo y el deseo del analista.

Elisa Ponieman

Julio de 2001

Si hubo un fundador del liberalismo, este fue, en el s. 18, A. Smith. Planteó, en *La Riqueza de las Naciones*, que la división del trabajo ordena una sociedad al modo de una mano invisible. Y a partir de ello, entonces, propuso la innecesidad del estado en relación a diversos temas, y a la importancia de que tenga poca injerencia, etc. Este planteo tuvo, por supuesto, a lo largo de la historia de lo que entonces fue la economía política, varias transformaciones, pero de todas maneras quería recordar dicha impronta en lo que es la economía política.

Intentaré trabajar el título de este trabajo. ¿Hay algún espíritu común, entre lo que se concibe como la mano invisible del liberalismo, y la posición del analista?

Tomaré algunos desarrollos que realiza Weber, en la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, en un intento de trabajar esta pregunta.

Weber trabaja la relación entre dicha ética –la protestante- y el capitalismo. Plantea a la ética protestante como una mentalidad que aspira a la ganancia legítima mediante el ejercicio sistemático y racional de una profesión. Y entiende que históricamente dio lugar al espíritu capitalista, que para él necesita esta entrega a la profesión de ganar dinero o dentro del cual ganar dinero es ya un fin en sí mismo. Hay allí una relación a trabajar entre profesión y ganar dinero.

Tomaré primero el concepto de profesión. La profesión recibe un nuevo sentido a partir del giro de significación que se desprende de las traducciones de Lutero de la Biblia en el s.16. Antes de este giro significaba declarar públicamente. A partir de la interpretación de éste, pasa a expresar, o condensar, el dogma central de todas las tendencias protestantes, que rechaza la posición católica que aconseja como único medio para vivir de una manera que complazca a Dios, en lo que hace al comportamiento en el mundo, la conducción monacal de la vida. Esto se puede observar en su crítica a lo que fue el abuso de las indulgencias, y también en la crítica de aquello en lo que consistían: ayunos, peregrinajes, flagelaciones, etc. El dogma protestante propone en cambio, el cumplimiento de los deberes intramundanos, lo cual se convierte de este modo en su “profesión”. La profesión de esta manera se constituye en un fin en sí mismo.

Aclara Weber que el espíritu capitalista no coincide con el protestantismo: la relación, si la hay, debe ser más compleja. Justamente Weber se pregunta, que es lo que va a desplegar, por la posible afinidad de la fe religiosa y la ética profesional y luego si la hay, por consecuencia, cómo pudo el movimiento religioso influir sobre el desarrollo de la cultura material.

Lo que plantea es que capitalismo hubo siempre, pero trata de situar el contexto histórico en el que se agregó al mismo una ética. Porque antes ganar dinero era algo tolerado o indiferente, pero a partir del protestantismo, esto se transformó, dándole lugar al afán de lucro, al legalizarlo y considerarlo querido por Dios. Ahora bien, por un lado el ascetismo protestante exigía el no disfrute de los bienes producidos, y por otra parte liberó, psicológicamente hablando, a la adquisición de bienes, de los obstáculos que tenía para la ética tradicionalista o no capitalista.

Estas características, reunidas con la limitación del consumo, propia del ascetismo, habrían facilitado la formación del capital mediante la obligación ascética de ahorrar. Y quedando en este aspecto, facilitada la vía a la inversión, y al capitalismo.

El punto es que el ascetismo vio en el afán de riqueza lo más reprobable, pero vio como bendición de Dios, la obtención de riqueza como fruto de la profesión. Y allí el concepto de profesión tiene una clara semejanza con la concepción de división del trabajo.

Plantea Weber que se fue secando la raíz religiosa pero que la maquinaria instaló algo que podría decirse “se nos volvió en contra”. Porque a él le gusta, digamos, la posición protestante, o dentro de ellas, la puritana, para quien lo material debía ser un fino abrigo, pero nota él que se volvió una jaula de acero.

Es decir, todo el tiempo diferencia afán de lucro propio de este contexto del espíritu del capitalismo –como resultado y expresión de la habilidad en la profesión-, incluyendo la ética marcada por el ascetismo que le es propia, de lo que es ansia de ganar dinero ya sin escrúpulos.

Me interesa recalcar esta diferencia entre el lucro como resultado y el afán de lucro sin escrúpulos, en lo que hace a la posición del analista.

En el extremo y como expresión de este punto –donde ganar plata es hasta tal punto un fin en sí mismo que termina transformándose en signo de crecimiento profesional –estarían, por ejemplo, algunas frases con entonación superyoica, de algún analista a una supervisante que no podía pagar sus honorarios de supervisión: “qué problema tenés que no podés cobrar más.”

En particular en lo que hace a la profesión, se puede pensar que el protestantismo “preparó” el terreno para la importancia que tiene la profesión.

Me interesaba hacer este recorrido para ver lo que quizás podemos denominar la historia, la marca, que lleva el deber profesional”, como lo denomina Weber, en el espíritu capitalista. Podemos decir que adquiere un nuevo sentido, muy ligado a la división del trabajo liberal “Adamsmithiana”.

Ahora bien, retomando entonces la pregunta inicial:

Por un lado, podemos decir que si algo nos atraviesa como analistas, es que el acto psicoanalítico nos atañe justamente –como dice Lacan-, en tanto no hacemos de él profesión.

Y por otro lado, como se lo cita muchas veces, “que mejor entonces renuncie quien no pueda unir a su horizonte, la subjetividad de su época...”

A veces tengo la impresión –quizás es muy pesada y apurada- de que los analistas no se sienten “responsables” en lo que es la política en salud mental. Salud mental: Quizás suena mal, ¿pero cómo denominar a esa subjetividad que no es sólo la de cada particular sujeto del inconsciente? Quizás suena mal porque es una palabra que queda del lado del campo del sentido común, de la psicología. Pero si es así, ¿no perdemos, nosotros, analistas, un terreno, el terreno de la subjetividad de la época, y terminamos, participando involuntaria o inconscientemente de una conciencia liberal, de un espíritu capitalista?

Es decir, en general, resulta imaginable que la filosofía o la sociología, por ejemplo, importen conceptos del psicoanálisis para sus análisis.

O resulta pensable, por ejemplo, que alguien, en su condición de analista o quizás mejor dicho, en tanto ciudadano con una preocupación analítica con respecto al campo de la política, use alguna categoría del psicoanálisis y que de ello no resulte una banal cosmovisión.

Ahora bien, algunos analistas,-en una ocasión lo escuché en unas Jornadas que organizaba la facultad de psicología sobre adicciones-, tienen la postura siguiente: el psicoanálisis no tiene nada para decir de la droga –en este caso- más allá del caso por caso. Quizás allí mi molestia era que esa frase era pronunciada soberbia y cerradamente en una Jornada en que otros discursos, el sociológico por ejemplo, sí decía cosas. Quizás el enunciado sin embargo sea cierto. Pero también es cierto que ese tipo de afirmaciones, a uno le hacen pensar que en realidad se trata de una posición que no tiene curiosidad por escuchar otros discursos, o que expresar que no se ha de decir nada, pareciera ser más importante que el problema, o lo que se pueda pensar de él.

Me da la impresión de que en ese tipo de posturas se confunde el hecho de que el psicoanálisis tiene un dispositivo para abordar al sujeto en su singularidad, en tanto sujeto del inconsciente, con aquello que constituye la determinación de un sujeto, que por supuesto no es individual.

Que los términos “salud mental” suenen mal, creo que se emparenta con que es para nosotros analistas, un terreno, como decía antes, algo perdido.

Quizás se trataría de hacer algún movimiento para que algo de ese terreno perdido –el de la salud mental, o qué nombre ponerle- quede –aunque vació- en “nuestro” campo.

O quizás, la manera de plantearlo sea que se trata de que hay diversos conjuntos que en todo caso se relacionan, y que es situándonos desde uno de ellos, y al que podríamos nombrar deseo del analista, que podemos tomar el entrecruzamiento con otros discursos. Es decir, que, así como cuando están instaladas coordenadas esenciales que hacen a la posición del analista, podemos intentar pensar temas como la histeria, la adolescencia, o lo que sea, de la misma manera, es desde esa plataforma, que podrían pensarse algunas cuestiones generales como la “política en salud mental”, u otras afines. ¿Podrán pensarse, entonces, cuestiones políticas, o alguna posición más allá de breves, entiendo que involuntariamente, apuradas, incidencias en la política de salud mental (me refiero por ejemplo a lo que fue el proyecto para la ley de salud mental, propuesto por las instituciones de convergencia), y que entonces los analistas no estuviéramos “autorizados” solamente, cuando lo estamos, en lo que puede ser escuchado caso por caso? Es decir que tal vez en la medida en que nos interesamos en los dispositivos – políticos-, es que podemos abordar a un sujeto de manera tal que verdaderamente tenga un lugar en el que realmente se pueda privilegiar su singularidad transferencial.

Por otro lado, se me aparecen situaciones de la práctica, cuya relación con estos temas no se me aparece con suficiente claridad, aunque creo que sí la tienen.

Trabajo con adolescentes en un Centro de salud y acción comunitaria. Allí, me deriva la Directora del mismo, una púber y a su mamá. La Directora es a su vez su pediatra. La chica está mal en la escuela, y hay algunos problemas importantes con alguna gravedad. La madre tiene problemas importantes con varios de sus hijos.

Viene al Centro la madre, Celia, y me pide turno. Pretendo tener alguna entrevista con ella. No acompaña ni sostiene para nada las entrevistas de la hija. Vienen dos o tres veces solamente. En una de ellas me comenta que no tiene nada para comer y que la Directora del Centro, alguna vez le dio diez pesos. Le doy plata, y le digo que sepa que la estoy comprando para que me traiga a la hija. Luego de eso la trae una o dos veces.

Esporádicamente me pide un turno, quedando explícito que se trata ya de la madre, y luego no viene. Una vez viene y entiendo que me está pidiendo plata. Se la doy y le digo que venga a una entrevista. Que le voy a dar algo más. En esa entrevista se queja fríamente de lo que el marido le hace y despliega a pedido mío algo que “había mencionado” que su padre había matado a su madre- Va cambiando el tono, y habla de cómo fue su historia durante y a partir de la muerte de su mamá. Que estuvo en un instituto y luego cuando salió tuvo un hijo que entregó sin hacer los papeles legales de una entrega en adopción.

Y se pregunta, hablando en otro tono, si eso no será la causa de todas sus dificultades posteriores en hacerse cargo de sus hijos... Hacia el final de la

entrevista le planteo mi disyuntiva acerca de cómo seguir. Porque sé que su tendencia va a ser tomar un turno y no venir, y al mismo tiempo la entrevista había sido buena pero no sabía yo si suficientemente aliviante como para tentarse o interesarse en venir nuevamente. Me contesta que cuando no vienen a la consulta con la pediatra que me la deriva, y luego se la cruza otro día y ésta “la caga a pedos”, ella piensa: “Pensó en mí”. Me río y le digo que puedo pensar en ella también si viene, y que puedo pensar en ella inclusive durante la semana, en este punto en el que ella sí me pide algo. Y que hoy le voy a dar dos pesos.

Al escribir el material, se me aparecía el chiste del proctólogo. Un señor va a ver al proctólogo y éste le dice que hay un nuevo método para la revisión. Este consiste en que se revisa con el pene, que es mucho más sensible y etc. El paciente le contesta: Bueno, está bien. Lo único que le pediría es si puede cerrar la puerta que da a la sala de espera, porque quizás los que están afuera van a pensar que me está cogiendo...

Inversamente al sentido propuesto por el chiste, el deseo del analista permite –creo– dejarse tomar por otro, por lo que en uno, sin posición del analista mediante, podría significarse como el fantasma de beneficencia, o simplemente, “me está sacando plata”. Y leo allí un pedido en el sentido que acompaña un decir, y que eventualmente, prepara el terreno posible para una demanda de análisis.

Aunque aún ahora no puedo articular claramente el sentido que tiene para mí la inclusión de este caso en relación con el trabajo de los temas planteados, en principio entiendo que tiene alguna relación con lo que se me aparece como slogan: el análisis tiene que ser pago. Una vez un analista, en una mesa redonda, planteaba que no se debe retroceder ante la pobreza en nombre del psicoanálisis. Creo que de lo que se trata, al tomar la singularidad de esta paciente de nuestra época, es que se juega la posición del analista en no retroceder ante el psicoanálisis en nombre de la pobreza.